



Seix Barral

Juan José Becerra

Dos mujeres





Seix Barral Biblioteca Breve

Juan José Becerra

Dos mujeres

Vi una mujer que le hablaba a los gritos a la Casa de Gobierno. Me senté en un banco de la Plaza de Mayo, donde habitualmente almuerzo, y la grabé: “Me van a decir que estoy loca, ¿verdad? Van a decir: ‘Ahí está la que les habla a las paredes: la desquiciada, la desubicada’. ¡Anoten!: Di Pierro María Isabel, argentina, DNI 31.673.983. ¡3! ¡1! ¡6! ¡7! ¡3! ¡9! ¡8! ¡3! Por si piensan que les tengo miedo...”.

Los sobreentendidos eran incomprensibles, comprendidos solo por ella o ni siquiera por ella, pero nunca se le agotaban los “argumentos”. Decía: “Saben de qué hablo, ¿no? ¡Claaaro que saben! ¡¿Cómo no van a saber?! Pero yo también sé. ¿Quieren que cuente *todo*? ¿Eso quieren? ¿Qué me puede pasar? ¿Terminar en una zanja? ¿Y? Si no tengo nada, si no soy nadie...”. Pero no desplegaba ninguno de esos indicios amenazantes. Al contrario, los escamoteaba como si su verdadero objetivo fuese hacerlos valer como misterio.

Lo de no ser nadie y no tener nada fue lo que más me atrajo. Si era verdad, se trataba de un fenómeno tan excepcional como tenerlo todo. Quizás más excepcional, si se tiene en cuenta la cantidad de operaciones que hay que hacer para vivir en la renuncia. No ser nadie, no tener nada, no responder a alguien: no debe haber un plan más imperial que ese, posiblemente el proyecto más irrealizable de la vida.

Tenía un vestido largo de verano, violeta, gastado hasta la transparencia. El sol del mediodía lo inflaba de luz y daba también sobre sus canas, unos finísimos hilos como de metal galvanizado en los que rebotaba la blancura del día y le daba a su cabeza un halo de vapor plateado.

Mientras hablaba, giraba alrededor de dos valijas-carro en el centro de una escena de despedida sin la angustia de la despedida. Yo seguí la línea de su mirada, que buscaba la Casa de Gobierno, acompañándola de una coreografía de sus dedos índices, que se movían como armas de fuego apuntando contra la guardia de granaderos formados en la explanada. Pero sus ojos se hundían en el aire, ese océano de vacío que se abre en el espacio y al que es inevitable caer si no se mira la materia, el engañoso efecto de presencia bajo el que se vive, en este caso la ciudad de Buenos Aires.

María Isabel Di Pierro actuaba en nombre de una verdad que solo era capaz de formular de manera

intersticial, para que solo les llegara a los espectadores entendidos, o a nadie. ¿O estaba exagerando su indignación antiestatal para recibir la limosna de la ciudadanía que goteaba constante sobre la lata de durazno tendida a sus pies?

Pensé en acercarme apenas terminara de hablar, pero no terminaba nunca. Su discurso se perdía en rutas laterales, y en regresos al punto de inicio; y, como si nunca antes hubiera abierto la boca, volvía a abrirla para decir lo mismo. Hablaba en círculos en el mismo sentido en que caminaba en círculos alrededor de las valijas, y poco a poco se fue revelando su arte, que era el de empezar de nuevo.

Les dijo a las paredes de la Casa de Gobierno: “¡Escuchen! ¡¿Me escuchan?! Esto que estoy diciendo es nada comparado con lo que podría decir. Cuidado, mucho cuidado: no se ganen una enemiga. No se ganen *esta* enemiga. Yo sé por qué se los digo”. Levantó la lata con las limosnas y cruzó la plaza en dirección al sur, arrastrando las valijas detrás de su cuerpo trabajado por los nervios.

La seguí. La ciudad quedó reducida al rumor de las valijas de María Isabel Di Pierro que, lo haya querido o no, también tenía un nombre y un documento, como todo el mundo. Se la podía identificar, vigilar, perseguir. En eso su paranoia, como la de cualquier ser humano registrado, se justificaba. Pero algo de su carácter parecía establecer con claridad la

diferencia con personas como yo. Un algo que no sé cómo llamar, salvo que lo llame “algo”.

De pronto, éramos las únicas habitantes del desierto en el que se había convertido la ciudad. Caminé varias cuadras siguiendo el rastro de las valijas golpeando las ranuras de piedra, hasta que la vi empujar con la palma de la mano la hoja de una puerta cancel y hundirse en otra dimensión, en la que yo también me hundí.